

PACHO O'DONNELL ARTIGAS

LA VERSIÓN POPULAR DE LA REVOLUCIÓN DE MAYO



AGUILAR

*A mis colegas del
revisiónismo nacional,
popular y federalista.*

Fue el representante más vigoroso de un proyecto de organización federal, popular y latinoamericanista para las Provincias Unidas del Río de la Plata, que en tiempos de Mayo incluía no solo a la Argentina, sino también los actuales territorios de Uruguay, Bolivia y Paraguay. Su inflexible elección política lo enfrentó con el elitista y extranjerizante unitarismo porteño, que abogaba por la hegemonía del puerto sobre las provincias. Férreo defensor del sufragio universal para decidir los hechos cruciales durante su liderazgo cuando ninguna sociedad del planeta practicaba el voto popular, llevó a cabo la primera reforma agraria de toda Latinoamérica.

La historia ha denominado "Revolución" a las jornadas de Mayo de 1810, aunque no fue en verdad una revolución porque le faltó el protagonismo del pueblo. En sus inicios fue antes que nada un putsch de los criollos de la clase "decente", en acuerdo con los comerciantes españoles que apostaban a la caída del virrey para romper el monopolio comercial con una metrópoli colonial desvencijada y ocupada por fuerzas extranjeras. Las fases decisivas de la insurrección, es verdad, solo lograron resolverse gracias a la participación de la "chusma" armada de las milicias que se negaron a defender a Cisneros y que abortaron el intento de la junta del 24; los "infernales" orilleros de French y Beruti, quienes impidieron el acceso de los partidarios del virrey al Cabildo del 22 y de ese modo decidieron el resultado de la votación, que derribaron la puerta de la Sala Capitulada y forzaron, el 24, la constitución de la Junta de Mayo. Pero aún faltaba pueblo para llenarla de contenido, para imprimirle sentido, pues un movimiento sin pueblo no es

una verdadera revolución. El pueblo irrumpe en 1811, conmovido, turbulento, junto a José Gervasio de Artigas, "el primer revolucionario del Plata" según la acertada caracterización de José María Rosa (1960).

En el apogeo de su trayectoria, los pueblos que habitaban los territorios que en el presente ocupan la República Oriental del Uruguay, Misiones, Entre Ríos, Corrientes, Santa Fe y parte de Córdoba se unieron bajo el nombre de "Pueblos Libres" y designaron "Protector" a Artigas para enfrentar al despotismo de Buenos Aires, la invasión portuguesa desde el Brasil y los intentos españoles de recuperar las colonias perdidas. Detrás de ese abanico de tenaces enemigos asediaba la poderosa Gran Bretaña de la cual Portugal era un imperio subalterno; detrás medraba la gran potencia asociada a la oligarquía rioplatense; detrás lucra el imperio británico aliado con España, en guerra contra Napoleón. En efecto, la embozada e intermediada Inglaterra era el principal obstáculo para la verdadera independencia de territorios que se despegaban de la colonización hispánica para caer bajo el dominio de un nuevo imperio que para ejercer su hegemonía procuraba despedazar los primitivos virreinos y capitanías y fomentaba conflictos internos que pronto derivaron en anarquía y en pérdida de conciencia sobre la necesidad de la unión continental.

A ese ambicioso y eficaz imperio y a sus aliados combatió el caudillo oriental, en diversos frentes, en inferioridad de condiciones casi siempre, injuriado, traicionado, siempre de pie, inquebrantable.

BANDIDO, REVOLUCIONARIO Y FEDERAL

I

Los inicios

El escenario de las correrías juveniles de José Gervasio de Artigas, la Banda Oriental, recibió su nombre durante el período colonial por su ubicación al este del río Uruguay. Era un territorio cuya soberanía estaba en permanente litigio por las reiteradas pretensiones portuguesas de expandir su imperio al sur del Río Grande. El 30 de enero de 1726 el gobernador de Buenos Aires Bruno Zabala fundó Montevideo. La Gobernación del Río de la Plata intentaba de ese modo contener el expansionismo lusitano, que se había concretado en 1680, cuando una expedición al mando de Manuel Lobo fundó, con apoyo inglés, Colonia del Sacramento, un enclave que buscaría competir política y económicamente con Buenos Aires. En 1776 el territorio de la Banda —y la recuperada Colonia del Sacramento— pasó a formar parte del virreinato del Río de la Plata, creado por Real Cédula del monarca del imperio español, Carlos III de Borbón.

Luego Montevideo fue base de los intentos británicos de invasión en el Río de la Plata durante 1806 y 1807. Poco después, tras los sucesos de Mayo de 1810, depuesto el virrey Cisneros, el gobernador de Montevideo Francisco Javier de Elío fue proclamado desde España nuevo virrey, y Montevideo capital del virreinato.

A Artigas le tocó vivir y ser protagonista de la historia en esos tumultuosos días, cuando las diferencias entre ambos márgenes del Plata eran tan anchas como el río amarronado que las separaba.

El futuro caudillo era nieto de Juan Antonio Artigas —natural de Zaragoza—, uno de los fundadores de Montevideo según indica el primer padrón de sus pobladores realizado en 1726. El abuelo Juan Antonio integró el primer Cabildo de la ciudad y fue capitán de milicias. De su matrimonio con Ignacia Javiera Carrasco nacieron cuatro hijas además de Martín José, padre de José Gervasio.

Los Artigas descendían de hidalgos aragoneses cuyos primeros rastros se remontan al siglo XIV. Por su parte los Pascual Arnal —la familia del caudillo por rama materna— habían participado en las luchas iniciadas por Pelayo y García Jiménez contra los invasores musulmanes de la península Ibérica. Francisca, madre del futuro jefe oriental, aportaba además abolengo indígena, pues su abuela materna descendía de la princesa incaica Beatriz Tupac Yupanki.

José Gervasio nació en Montevideo el 19 de junio de 1764, en la casa paterna, lindera a la de sus abuelos maternos, en los terrenos de las calles Colón 1486-1490 y Cerrito 306, 308 y 310.

Era el tercero de los hijos del matrimonio de Martín José Artigas y Francisca Antonia Pascual Arnal: Martina Antonia, José Nicolás, Manuel Francisco y los prematuramente fallecidos Pedro Ángel y Cornelio Cipriano fueron sus hermanos.

Tres días después de su nacimiento Artigas fue bautizado en la Iglesia Matriz. Se conserva la partida de bautismo, que dice:

“Día 19 de junio de 1764, nació José Gervasio, hijo legítimo de D. Martín José Artigas y de Doña Francisca Antoña Arnal, vecinos de esta ciudad de Montevideo; y yo el Dr. Pedro García lo bauticé en la iglesia parroquial de dicha ciudad el 21 del expresado mes y año. Fue su padrino D. Nicolás Zamora”.

Artigas pasó los primeros años de su vida en la ciudad y en la chacra familiar, sobre la margen occidental del arroyo Carrasco. Estudió Letras en la escuela del Convento de San Bernardino —a cargo de padres franciscanos—, pero a los catorce años abandonó sus estudios y se internó en la cam-

pañá. Había aprendido a leer, aunque no tanto a escribir, carencia que seguramente explica que no se haya encontrado un solo documento de su puño y letra, lo que subsanaba dictando a secretarios.

Su alejamiento de la ciudad quebrantó la disposición testamentaria del abuelo materno Felipe Pascual Arnal, quien había instituido una capellanía en la que nombraba "por primer capellán de ella a mi nieto José Gervasio Artigas". Don Felipe buscaba asegurarle de ese modo una vida sin contratiempos económicos, además de que en aquella época toda familia procuraba contar con parientes en los cuarteles y en las iglesias.

Josefa Ravia, sobrina del caudillo, cuenta que "Tío Pepe iba a las estancias por vía de paseo, en las cuales adquirió relación con la familia de los Latorres de Santa Lucía y los Pérez del Valle de Aiguá. Frecuentó esas visitas a la campaña, y le fue tomando afición a las faenas de campo; pero como no tuviera en las estancias de su padre una colocación fija se ponía de acuerdo con los Latorres, con los Torqueses, D. Domingo Lema y D. Francisco Ravía, y salía a los campos de D. Melchor de Viana por autorización de este y del Gobernador de Montevideo a hacer cuereadas".

Durante algunos años se dedicó a aprender y perfeccionar las tumultuosas destrezas de la vida rural: arrear, enlazar, bolear, domar potros, cruzar a nado arroyos y ríos, usar el cuchillo. Pero en la estancia adquirió además un conocimiento fundamental para el ejercicio del papel que la historia rioplatense le tenía reservado: se mimetizó allí con gauchos e indios, conoció a fondo la personalidad de unos y otros, comenzó a cimentar entre ellos su prestigio. Precisa Washington Reyes Abadie (1996) que "Su agilidad y destreza en el manejo de las armas y el caballo, su actividad en los trabajos de campo unidas a su fuerza corporal, le dieron un gran ascendiente sobre sus peones y compañeros".

La documentación conservada prueba que Artigas participó en faenas clandestinas y en el trajín del contrabando en la zona norte de la Banda, una práctica habitual entre los moradores de las praderas orientales.

“Se habían pasado cosa de dieciséis a dieciocho años, cuando después abrazó su carrera de vida suelta, lo vi por primera vez en una estancia a orillas del Bacacay, circundado de muchos mozos alucinados que acababan de llegar con una crecida porción de animales a vender. Esto fue a principios del año '93, en la estancia de un hacendado rico, llamado el capitán Sebastián”, recuerda el general Nicolás de Vedia, compañero de escuela de Artigas.

Entre 1794 y 1796 hay noticias de sus andanzas por los territorios del norte del río Negro y en zonas limítrofes con el Brasil, haciendo campamento en el Cuareim en compañía de otros “changadores”, o despertando la prevención del propio gobernador de Montevideo, Antonio de Olaguer y Feliú, quien en la capital había recibido “positivas noticias” de que estaba por partir “de la Barra de Arapey Grande con el Arapey Chico” una crecida tropa con destino “a la Estancia de Pintos que está enfrente a la guardia de Batoví y que igual camino lleva otro llamado Pepe Artigas, contrabandista vecino de esta ciudad, conduciendo también dos mil animales”.

En esas planicies fértiles apenas onduladas por cuchillas, Artigas contrabandeaba ganado entre la Banda Oriental y Rio Grande do Sul. Sus correrías se comentaban en un vasto territorio. Historias que se volvían leyendas, como la que contaba el general Guillermo Miller en sus *Memorias* (1829), cuando, arrinconado por los hombres del gobierno colonial, Artigas ordenó matar los caballos y, parapetado junto a los suyos detrás de los cuerpos de los animales, resistieron hasta que se hizo noche y consiguieron escapar.

Esteban Hernández, subteniente de una partida de blandengues, atestigua otro episodio de las actividades ilícitas de Artigas. Comunicaba a su superior que el futuro caudillo iba “conduciendo más de cuatro mil animales y al mismo tiempo cogiendo ganado, traía ochenta y tantos hombres de armas, la más apor্তুguesada”. Hernández pedía refuerzos “porque de otro modo no me dispongo a esperar a Artigas y sus compañeros, porque a más de ser muchos traen mucho interés tanto de haciendas como de efectos de car-

ga y estos precisamente han de echar hasta el último aliento a defender sus cosas" (Reyes Abadie, 1974).

II

De contrabandista a blandengue

En aquellos tiempos, el carismático joven reunía las características de un arquetipo que Eric Hobsbawm (1976) definió como “bandido social”, es decir, un líder natural que se sustrae a la ley para ejercer, a través del delito, una pragmática justicia popular que favorece a los pobres. Es el estilo universalizado por Robin Hood, que roba a los ricos para distribuir el botín entre los más necesitados.

Prueba su marginalidad el hecho de que —como sucedía con los gauchos e indios de las cuchillas uruguayas— durante diecinueve años su nombre no figura en censo poblacional alguno.

Según la caracterización de Hobsbawm, cuando el bandido social se vuelve demasiado molesto, cuando la autoridad constituida no logra eliminarlo, trata de neutralizarlo incorporándolo a su servicio. De ese modo actuó el recién designado virrey Olaguer y Feliú al sumar a José Gervasio al Cuerpo de Blandengues de la Frontera de Montevideo, que así se denominaba porque cuando desfilaban sus hombres blandían las armas, gallardos y amenazadores. Era una fuerza militar creada para mantener a raya a los indios, contrabandistas y salteadores que asolaban el norte de la Banda Oriental. Artigas los conocía bien, de hecho, había sido uno de ellos. Además mantenía una vigorosa relación con los charrúas, que conservó y ahondó a lo largo de su vida como jefe oriental.

El 10 de marzo de 1797, con algunos compañeros de aventuras, Artigas se incorpora como soldado al Cuerpo de Blandengues. Se acogía así a los beneficios de un indulto

de Olaguer y Feliú que específicamente incluía el delito de tráfico ilegal de mercadería para procurar atraer a hombres que, como habían sido contrabandistas, conocían los secretos de su funcionamiento y las formas de reprimirlo. Eran, además, jinetes diestros y duchos en el uso de las armas.

Cuenta Juan Pivel Devoto (1950) que “Artigas contaba entonces treinta y tres años a los que una vida intensa había dado madurez y experiencia. En sus correrías por los campos de la Banda Oriental, en los que el desierto era interrumpido por una que otra población, o el rancherío de una estancia, había llegado a dominar la realidad geográfica que formaban las dilatadas extensiones de suaves colinas con abundantes pastos, las serranías y grandes cuchillas que servían de rumbo a los baqueanos, a reconocer los pasos y picadas para vadear los ríos y arroyos, los senderos que daban acceso a los montes que servían de refugio a los bandoleros. Persiguiendo ganado alzado para hacer tropas, parando rodeo en las estancias o haciendo corambres en compañía de hombres de rudo aspecto y alma simple, había penetrado en los secretos del gaucho, del changador y del indio, en la solidaridad que crea el peligro y las fatigas, en las charlas y confidencias del fogón. Su espíritu inquieto habíase saciado ya con la aventura de esa existencia libre, en la que el duro trajín de correr campos y faenar ganados se matizaba boleando potros y avestruces, matando perros cimarrones o descubriendo la guarida de un tigre. La existencia en un medio de costumbres tan primitivas no había dejado en su alma sedimentos innobles”.

Algunos meses después, en agosto de 1797, como consecuencia de sus ya evidentes condiciones de líder, fue comisionado al frente de una partida de treinta hombres para contener las incursiones fronterizas de portugueses y charrúas. Al regreso de esa misión, en enero de 1798, lo designaron capitán del Regimiento de Milicias de Caballería. Ese nombramiento no impidió que continuara revistando en el Cuerpo de Blandengues, donde desde el 2 de marzo de 1798 se desempeñó como ayudante mayor con el grado de teniente, grado confirmado por el rey en enero de 1799. En

ese punto se verifica una detención en su carrera de ascensos, hasta el 5 de setiembre de 1810, fecha en la cual alcanzó el grado de capitán.

Cuando las autoridades coloniales aprobaron el plan de don Félix de Azara de fundar poblaciones en la frontera de la Banda con el Brasil, Artigas fue nombrado ayudante del geógrafo español "por su mucha práctica de los terrenos y conocimientos de la campaña", según palabras del subinspector general y futuro virrey, Rafael de Sobremonte. Azara le encargó la demarcación y distribución de los solares en el recién fundado pueblo San Gabriel de Batoví. Aprovecharía la experiencia adquirida en ese período años más tarde, cuando proclamó y ejecutó su reforma agraria.

En 1801, declarada la guerra entre los reinos de Portugal y España, dicha tarea administrativa se tornó beligerante cuando las fuerzas de Río Grande del Sur invadieron territorio español para apoderarse de Santa Tecla, Batoví, Melo y varios pueblos de las Misiones. Artigas se destacó en aquellas acciones militares, que se extendieron hasta la firma de la paz entre ambas potencias ibéricas en Badajoz. En marzo de 1803 José Gervasio regresó enfermo a Montevideo. Permaneció en reserva hasta que a fines de abril de 1804 Pascual Ruiz Huidobro, gobernador de Montevideo, dispuso que tomara el mando de una partida de cincuenta hombres para contener los malones indios que asolaban las estancias al norte del río Negro.

El futuro caudillo no había olvidado su vínculo con los charrúas, de modo tal que cuando el coronel Rocamora encabezó una campaña para exterminarlos, se las ingenió para que las operaciones fracasaran. El mismo resultado, y por los mismos motivos, alcanzaría una nueva expedición al mando de Javier de Viana. Un año más tarde Artigas solicitó y logró la concesión de ciento cinco mil hectáreas a los charrúas en la zona de Arerunguá. El reconocimiento de aquel territorio, en donde los charrúas podían satisfacer pacíficamente sus necesidades vitales, volvió innecesarios los malones.

Poco después, Artigas elevó el pedido de retiro por razones de salud, "con el goce de fuero militar y uso de uniforme de retirado, en premio de sus útiles servicios".

El 23 de diciembre de 1805 se casó con su prima Rosalía Rafaela Villagrán Artigas. Debió invocar una dispensa eclesiástica por la consanguinidad, y adujo que la elegía como esposa por "el deseo de sacar de la especie de orfandad y pobreza en que se halla la expresada prima siendo hija de una madre viuda sin haberes ni auxilio seguros para su subsistencia [...] y que teniendo casi al cumplir treinta años de edad, es ya muy difícil que halle marido que la mantenga en los términos que el suplicante es capaz por su bienestar".

Al año siguiente nació su hijo José María, y luego dos niñas, Francisca Eulalia en noviembre de 1807, y Petronila en diciembre de 1809. Ambas fallecieron a los pocos meses de vida. Como consecuencia de aquella tragedia, Rosalía padeció desequilibrios mentales que derivaron en una definitiva enajenación hasta su muerte en el Hospital de Caridad de Montevideo, en circunstancias de extrema pobreza, el 10 de febrero de 1824.

El caudillo tuvo otros hijos, antes y después de la relación formal con su prima. En 1797 había nacido su primogénito, Manuel, con quien mantuvo una estrecha relación a lo largo de toda su vida. Con la madre de Manuel, Isabel Velázquez, concebiría tres niñas: María Clemencia, María Agustina y María Vicenta. Las dos primeras, cumpliendo con lo que parecía un sino fatal, murieron cuando eran aún muy pequeñas. En 1813, durante el segundo sitio a Montevideo, nació Roberto, fruto de la relación de Artigas con Matilde Borda. Santiago y María, sus últimos hijos conocidos, nacieron en Purificación entre 1817 y 1819. Su madre era la paraguaya Melchora Cuenca (Caula, 1999).

III

Invasiones Inglesas

Artigas no acompañó la expedición organizada en Montevideo para cooperar con la defensa de Buenos Aires ante la invasión inglesa, pues se ordenó al Cuerpo de Blandengues guarecer varios puntos de la campaña oriental. Pero poco después el gobernador colonial Ruiz Huidobro lo comisionó con pliegos para Santiago de Liniers, al que alcanzó en los Corrales de Miserere, a tiempo para participar en las acciones del Retiro y de la Plaza de la Victoria. Liniers le confió el parte del triunfo obtenido sobre los ingleses. Pero al cruzar el Río de la Plata en dirección a la Colonia, la embarcación en que viajaba se hundió. Perdió su equipaje y sus efectos personales, aunque logró alcanzar la costa a nado.

“Durante la segunda invasión inglesa volvió a actuar a las órdenes del viejo Comandante del Regimiento de Blandengues, Cayetano Ramírez de Arellano, mereciendo su expresa citación por haberse comportado —con otros oficiales del Cuerpo— ‘con el mayor enardecimiento, sin perdonar instante de fatiga, animando a la tropa, sin embargo de que no lo necesitaba, por el ardor con que se arroja al fuego de los enemigos’” (Reyes Abadie, 1974).

En esos días, hacia agosto de 1807, ocupó la plaza de comandante interino de la Colonia del Sacramento. Cuando se produjo la ruptura de relaciones entre Montevideo y Buenos Aires en 1810, como consecuencia de los hechos de Mayo, el entonces gobernador Francisco Javier de Elío, nombrado poco después virrey del Río de la Plata con sede en Montevideo, leal a España, envió a José Gervasio a Entre Ríos para sofocar los brotes revolucionarios, favorables a